



EL CHOQUE CULTURAL:

Reacciones de españoles e inmigrantes

La integración, tarea de todos, encuentra en la práctica numerosas dificultades. Es frecuente que cuando nos ofrecemos a poner en marcha proyectos de ayuda a los inmigrantes, nos encontremos con actitudes de recelo o indiferencia por su parte. Y ello lleva, muchas veces, al desánimo y al abandono.

La situación es muy distinta, lógicamente, entre unos y otros colectivos de inmigrantes (no es igual la dificultad de integración de un latinoamericano, que comparte con nosotros el idioma y muchos elementos culturales, que la de un africano, cuya lengua, cultura y religión son totalmente diferentes). Pero siempre se produce un cierto choque cultural.

El inmigrante no es el único responsable de su desarrollo dentro del nuevo mundo en el que vive: está en continua relación con la sociedad receptora, que establece las normas que condicionan las relaciones sociales. Y estas normas, a veces, chocan con la cultura, los valores y las pautas de comportamiento propias de los inmigrantes.

La educación puede ser un instrumento básico para la integración, pero presenta también algunos problemas, diferentes según se trate de niños o adultos. Las "primeras generaciones" tienen un amplio abanico de necesidades educativas (clases de castellano, alfabetización, formación básica, educación cívica, formación laboral,...), según explica Carlos Giménez (1), pero presentan todo un conjunto de dificultades para seguir un mínimo programa educativo: falta de tiempo, cansancio tras la larga jornada de trabajo, desconocimiento del idioma, precariedad jurídica, etc.

Las "segundas generaciones" tienen, en teoría, unas condiciones educativas mejores, pues la mayoría acceden a la escolarización. Pero allí el choque cultural suele ser brutal: niños que visten de otra forma, hablan otra lengua y miran al pequeño inmigrante como a un "bicho raro". Algunos no logran adaptarse, pero incluso quienes lo consiguen se encuentran con que "integrarse" en la escuela supone renunciar a su identidad cultural, la que sigue presente en su familia. Así, lo que llamamos "integración" tiende a ser una cruda asimilación que puede producir en el niño conflictos psicológicos.

A la diferencia cultural hay que sumar otras dificultades de integración que tienen que ver con las condiciones en que vive el inmigrante. El fenómeno de los "guetos" está apareciendo, de manera creciente, en nuestras ciudades, por la tendencia de los inmigrantes a agruparse cerca de sus paisanos, y por la pobreza y la dificultad de encontrar vivienda.

Y salir del "gueto", condición imprescindible para la integración, se hace difícil cuando se está sin trabajo o se gana muy poco, cuando el salario no alcanza para pagar un piso "normal", cuando se es analfabeto y se desconoce la cultura del país. Y el problema se hace mucho más terrible si el inmigrante no habla nuestro idioma.



Pero, además, se encuentra casi siempre con un ambiente que, si no es abiertamente hostil, sí es de prevención y, a veces, de rechazo a lo diferente. No hay por parte de las instituciones una política de acogida y ayuda (con meritorias excepciones). Más bien es lo contrario, pues la "vigilancia" que se ejerce sobre los extranjeros para expulsar a los ilegales (controles policiales para pedir papeles, etc.), crea una imagen de "criminalidad" de los inmigrantes, y les empuja a ellos a encerrarse para pasar desapercibidos.

Y por parte de los ciudadanos la actitud es generalmente de indiferencia, cuando no de rechazo: pocos son los que hacen algo en favor de la integración. La mayoría se deja guiar por la desconfianza: el desconocimiento de "los otros" y de su cultura y el miedo que provoca lo desconocido, genera sentimientos racistas aunque no se reconozcan como tales.

Ese racismo, a veces, se dirige sólo hacia los inmigrantes pobres, a quienes se ve como una amenaza para la propia situación social, mientras se tolera mejor al "extranjero rico", aunque vista y se comporte de forma "rara". Y, con frecuencia, es también más acentuado hacia los inmigrantes que osan "salir a la calle", mezclarse con nosotros (recordemos el caso de las dominicanas en Aravaca): se tolera mejor al extranjero que se queda "escondido" en su "gueto", impulsando así la marginación.

La reacción de los españoles ante la inmigración está guiada, a menudo, por una serie de tópicos absurdos:

* Nos quitan el trabajo. Todos los años quedan vacantes una serie de puestos que ni los parados españoles quieren. Los inmigrantes, acuciados por la necesidad, aceptan esos puestos, y muchos entran en el "circuito irregular" (trabajo a destajo, sin contrato ni seguridad social), pues los empresarios no les ofrecen otra cosa.

* Se dedican a la delincuencia y a la prostitución. Existen casos, pero son claramente minoritarios (en 1989, el 94 % de los detenidos lo fue por no tener documentación, no por otro delito), aunque algunos medios de comunicación den otra imagen. La grave situación de miseria que atraviesan podría ser una circunstancia atenuante para los que delinquen pero, aún así, la gran mayoría trabajan honradamente en lo que pueden.

* Son sucios y suponen un peligro sanitario. Sólo "van sucios" cuando no pueden vivir con dignidad. Es falso que traigan enfermedades: enferman aquí por las malas condiciones en que viven; incluso los que trabajan legalmente tienen dificultades para encontrar vivienda, y si la encuentran les piden más dinero que a un español.

* No se integran porque no quieren. No podemos pretender que el más débil haga el mayor esfuerzo: hay que echar una mano. Hemos visto los condicionantes económicos, sociales y culturales que les empujan al "gueto". Pero, además, muchos ni siquiera pueden legalizar su situación porque nadie les ofrece un contrato de trabajo legal. Los que regularizaron su situación, al perder su trabajo se quedan también sin permiso de residencia. Y siendo ilegales es muy difícil integrarse.

* Quieren imponernos su cultura: es el prejuicio más absurdo de todos, porque el débil nunca se impone. De hecho, tienen dificultades para mantenerla y para integrarse en la nuestra. Pero, además, la aportación de otras culturas es siempre



enriquecedora: países como EE.UU. y la propia España se han formado gracias al mestizaje cultural y racial.

En cuanto a las reacciones de los inmigrantes, hay que reconocer que a veces se inclinan hacia la desconfianza y el desinterés. Ante el rechazo de la mayoría es normal que desconfíen de los pocos que les ayudan (cuesta ganárselos).

Por otra parte, existe algo de miedo a que la integración les haga perder su identidad. Sobre todo porque muchas veces las "ayudas" se ofrecen de manera paternalista, con poco conocimiento de la psicología y la cultura de esos colectivos.

Existe una gran diferencia entre unas y otras nacionalidades y los diversos colectivos nacionales tampoco son homogéneos, pues hay subgrupos y situaciones muy diferentes. Para el conocimiento de esos colectivos y para la eficacia de los programas de integración, es totalmente necesario conocer la "red social" que rodea a la inmigración.

Porque el inmigrante no es un ser aislado. Está relacionado estrechamente con otros inmigrantes, sobre todo con los de su mismo país de origen: son ellos quienes le ayudan y le informan, y eso conduce también a que se refugie en ellos, aislándose del exterior.

Finalmente, hay otro factor que dificulta la integración: el inmigrante, que ve difícil ser aceptado, ni siquiera se lo plantea como objetivo. Se guía por sus intereses más inmediatos: pasar desapercibido y ganar dinero lo antes posible, para volver a su país. Su verdadero sueño es el retorno, y mientras tanto soportan este "purgatorio" refugiándose entre los suyos. Tarea nuestra es demostrarles que la integración es posible y que redundará en su beneficio.

(1) Giménez, Carlos: "Madrid y la cuestión inmigrante", en la revista Alfoz, números 91-92. Madrid, 1992.

De Problemática de los inmigrantes en España
Asociación Pro Derechos Humanos de España.
Madrid, 1994

